

A los Lectores

PIDA en todos los puntos de venta de España y a todos los Corresponsales, los números que le falten para tener completas las colecciones de las publicaciones de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

!! NO LO OLVIDE NI LO DEMORE !!

A los Corresponsales

Le interesa tener stocks de todos los números de las publicaciones de

**La Novela Semanal
Cinematográfica**

Pronto: Grandes Concursos
Valiosos premios

Pida
detalles
a

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA
Via Layetana, 12. - Teléfono 4423 A. - BARCELONA

J. Horta, impresor. - Barcelona

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 292

25 Cts.



A
UQUESA DEL
OLIES BERGÈRE

POR
Mady Christian
André Roan
Livio Pavanen
etc.

Filmoteca
de Catalunya



*

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción { Vía Layetana, 12
Administración { Teléfono, 4423 A

Año VI BARCELONA N.º 292

"La Duchesse de Les Folies"
*"La Duchesse des Folies-Ber-
gère"*

La Duquesa del Folies-Bergère

Interesante y divertida película, adaptación de la
célebre comedia de GEORGES FEYDEAU

Dirigida por ROBERT WIENE *

Creación de los célebres artistas

Mady Christians, André Roanne, Livio Pava-
nelli, Paul ~~Olivier~~, etc.
Olivier

Producción de la

SOCIÉTÉ DES CINÉROMANS (*France*)

Exclusiva especial GAUMONT

Paseo de Gracia, 66 - BARCELONA

Con esta novela se regala la postal de
ANDRÉ ROANNE

*Ver. Dictionnaire Cinéma Universel
Jeanne/Ford, en WIENE/693*



CINEMATOGRAFICA

Producción FRANCISCO MARÍN BISTARRÉ

Redacción: Via Laxtana, 12

Administración: Teléfono 1433 A

La Duquesa del Folies-Bergère

Argumento de la película

En París, la ciudad de las brujas frivolidades y de las legendarias bohemias sentimentales...

En una institución particular terminaba sus estudios el joven príncipe Sergio de Iliria, a quien el colegio le parecía una cárcel angosta, y que como un pájaro enjaulado ponía todas sus ansias de libertad en la mirada con que contemplaba los amplios horizontes.

Pero los horizontes se limitaban en la casa de enfrente, desde cuyos balcones una nube de chicas alborotadoras y traviesas le enviaban bandadas de besos que Sergio sentía volar hacia él como bandadas de mariposas.

Acodóse mejor y se llenó de besos la manos, tendiéndoselas luego a ellas, mientras exclamaba en una expresión arrobada:

—¡ Modistillas alegres, pícaras y gentiles!... ¡ Ruiseñores de París!...

Y mientras Sergio dejaba volar sus sueños, Raúl y Quintín, sus compañeros de estudio y de prisión, distraían a su modo el ocio obligado: Raúl, durmiendo a pierna suelta encima de una mesa; Quintín, repasando una y otra vez unas sugestivas y sonrientes fotografías, entre una vaporosa catarata de suspiros.

De súbito, la agradable ociosidad de los tres jóvenes fué interrumpida por la llegada del profesor que se mostró vivamente escandalizado de la poca aplicación de sus pensionistas. Sacudió al durmiente, arrebató las fotografías al *contemplador*, guardándoselas en lugar de rasgarlas, y reconvino severamente al soñador Sergio que permanecía en la ventana haciendo señas a las muchachitas para que se retirasen.

Quiso asomarse el profesor para ver lo que ocupaba la atención de su alumno, y las modistillas le recibieron con una mueca unánime.

El digno profesor se volvió y dijo a Sergio:

—¡ Perdiendo el tiempo con modistillas! Eso es indigno de un buen príncipe y de un buen estudiante! Vuestra Alteza debería aprovechar estas horas de quietud para estudiar un poco.

Después se dirigió a la puerta y anunció a Raúl y a Quintín:

—Mañana seguirán ustedes arrestados en esta habitación... Y Vuestra Alteza, príncipe Sergio, se dedicará a hacerles compañía.

Salió y cerró la puerta con llave.

Solos otra vez con sus ensueños y sus anhelos juveniles, los tres jóvenes sintieron llegado el momento íntimo y cálido de las confidencias.

Quintín empezó:

—Hace dos años, antes de entrar en este presidio, tuve ocasión de admirar en él Folies Bergère, a la mujer más atrayente del mundo: Rosalinda.

Y les tendió el retrato de la aludida. Y Sergio, ante él, fué invadido de un deseo ardiente de conocer el original... Cogió resueltamente el sombrero y se dispuso a marchar.

—¿Adónde vas? — le preguntaron sus compañeros.

—¡A respirar el aire de Montmartre!

—No sé si sabrás que en los *cabarets* todo cuesta un sentido — observó Raúl—. ¿Llevas dinero?

—No. Había olvidado este pequeño detalle... Proporcióname mil francos, y cuando sea Rey te nombraré ministro de Hacienda.

Raúl entonces extrajo de sus recovecos un pliego de billetes y se los entregó ufánamente a su futuro monarca.

Más feliz que el hombre sin camisa, Sergio fué hacia la puerta. Pero estaba cerrada y no

valieron contra su hermetismo impasible ni empujones ni desesperos.

Sergio miró a sus dos desolados amigos y dijo a Quintín:

—Si me ayudas a salir de este encierro, te nombraré ministro del Interior.

Y mientras tanto, una noticia solemne aparecida en todos los periódicos conmovía los bulevares:

Abdicación. Ivan VII, el rey de Iliria, acaba de abdicar en favor de su sobrino el príncipe Sergio, que termina sus estudios en un colegio de París. Con este motivo, el duque de Pischenieff, acompañado de la señora duquesa ha llegado esta mañana para conducir a su patria al nuevo rey.

Pero al nuevo rey acababa de ofrecérsele algo más agradable que un trono y una corona: una cuerda para salir a la libertad y una esperanza de locura.

Los tres traviosos muchachos amontonaron entonces todos los muebles de la estancia detrás de la puerta para que nadie estorbase la fuga del príncipe. Pero en aquel crítico instante llegaban los emisarios de Iliria.

El profesor del colegio les conducía extraordinariamente complacido y ufano, diciendo al duque de Pischenieff, un personaje de opereta cargado de años y de afeites:

—Sírvanse pasar sus excelencias... Mi ins-

titución se honra sumamente con esta visita...

La esposa del duque de Pischenieff, que formaba parte también de la comisión de emisarios de Iliria, era una flor de París trasplantada al clima brumoso del estado lejano. En su pasado no todo es corrección protocolaria; sondeando un poco, se descubriría en seguida una sonrisa de pilluelo, unos pies inquietos y ágiles de bailarina, algo de la alegría de las noches de Montmartre...

El confiado profesor abrió con la llave la puerta cerrada, y el duque exclamó ante ella:

—¡Viva el rey Sergio III!

Dentro, los tres jóvenes se miraron asombrados. Los de fuera, en vista de que los habitantes de la estancia no daban señales de vida, llamaron a la puerta.

—¡No se entra aquí! — gritó Sergio, airado.

El duque repuso:

—Majestad... Soy el duque de Pischenieff... Vuestro reino os llama: ¡Abrid!

Lejos de obedecer, Sergio se asió a la cuerda salvadora y se evadió, declamando:

—¡Pueblo de Iliria! ¡Tu rey va a resarcirse ahora de los largos días de reclusión!

El duque continuaba llamando desesperadamente:

—¡Señor, la patria os llama!

—¡*Au revoir*, duque de Pischenieff! — replicó alegremente el príncipe.

Cuando la comitiva consiguió penetrar en la

habitación, no hallaron más que la cuerda de que se había valido Sergio para escaparse, como un interrogante irónico sobre el fondo del cielo.

La consternación fué general. El duque estaba azorado, angustioso. Por su parte la duquesa tuvo que ocultarse la cara con el bolso, para no poner la inoportuna estridencia de su risa en la desolación de todos.

—¡La dinastía está en peligro! ¡Es preciso encontrar al príncipe a toda costa! — exclamó Pischenieff. Luego observó—: Lo malo es que yo no conozco personalmente a Sergio III... ¿Cómo voy a descubrirlo entre la multitud?

El profesor se ofreció:

—Si usted lo desea, excelencia, yo le acompañaré...

—¡Adelante, pues! Vamos en busca de nuestro monarca.

Hizo un gesto teatral de heroísmo y dijo a su esposa:

—Duquesa, perdón si me veo obligado a retirarme. El deber tiene penosas exigencias.

Y bravamente, caballerescamente, partió a la busca y captura del rey desaparecido.



En el mismo París había un grupo de conspiradores a los que dirigía unas veces en presencia, otras en esencia, el ambicioso embaja-

dor de Iliria, y que aquella noche celebraban una reunión trascendental.

Levantóse uno de los miembros de la izquierda asamblea y manifestó:

—Según nuestra constitución, el nuevo rey debe prestar juramento dentro de los tres días que siguen a la abdicación... Y mañana al mediodía expira el plazo.

Otro de los conspiradores tomó la palabra:

—Si mañana al mediodía el príncipe Sergio no ha prestado juramento en la Embajada, no podrá reinar.

Y el presidente, solemne, declaró:

—¡Y no jurará, yo os lo aseguro!



Incansablemente, el duque y su cicerone recorrían todos los templos del placer que se cobijan a la sombra de Montmartre, en busca del real fugitivo.

Y mientras tanto, en casa del embajador de Illiria, ausente en viaje de novios, un hombre se entregaba a la dicha de la soledad y de la omnipotencia. Era Julián, el ayuda de cámara del embajador, que se aprovechaba de todos los privilegios de su amo.

Repantigadamente tendido en una butaca, admiraba prácticamente los puros y los vinos de su señor y prorrumplía:

—¡Enhorabuena, embajador! Los cigarros de Su Excelencia son superiores! ¡Lo mismo di-

go de la soberbia calidad de los licores! ¡Se advierte en seguida que Su Excelencia es hombre de gusto!

Súbitamente, una idea luminosa brotó en el recalentado cerebro de Julián. Levantóse corriendo y al poco rato volvía magníficamente vestido de frac y chistera.

—¿Su excelencia no verá mal, supongo, que vaya a divertirme un poco al Folies Bergère? — dijo, dirigiéndose al gran retrato al óleo que representaba a su señor.

Y partió alegremente hacia el placer de la noche parisina en el "muhic-hall" famoso.

Y entretanto, lejos de los deberes oficiales, la figura de la señora duquesa de Pischenieff acentuaba su gesto picaresco y truhanesco, y bajo las tenacillas, los peines y las sonrisas de su peluquero, su cabeza tenía una rebeldía dorada.

—¿No ha ido todavía la señora duquesa al Folies Bergère?—preguntó el viejo Figaro—. La duquesa debería ir a ver la bella Liliana, que hoy es el ídolo de *tout Paris*...

La duquesa de Pischenieff tuvo un gesto de ardiente curiosidad. El peluquero continuó con un dejo de nostalgia:

—Liliana es la que ha sucedido a la encantadora Rosalinda en el favor del público... Pero a pesar de su belleza y donaire, no ha podido hacerla olvidar...

Ahora, la nostalgia, una nostalgia abrasado-

ra, vibrante, incendiaba el corazón de la duquesa.

—Sí... Rosalinda fué la reina de Montmartre... la única, la inimitable... — prosiguió el peluquero, conmovido—. Un día desapareció de pronto, sin dejar rastro... hace ya dos años. Quizás haya muerto.

La duquesa se levantó, agitada, radiantes de sonrisas los ojos, y exclamó:

—¡Quién sabe si esa Rosalinda vive todavía!... Tal vez se ha transformado en una dama del gran mundo... en un país brumoso y lejano.

El peluquero miró asombrado a su clienta y repuso:

—Si así fuera, lo sentiría por ella. ¿Cree la señora duquesa que se puede vivir lejos de París cuando se ha sido reina de Montmartre?

—Acaso tenga usted razón...

Y la duquesa se quedó triste e inquieta, ante el espejo de su "boudoir".



En cada estación de su calvario persecutorio, el duque de Pischenieff y el buen profesor del príncipe Sergio de Iliria sacrificaban en el altar de Baco, y de ello empezaba a resentirse su intelecto. Era evidente que a aquel paso no iban a llegar ni al cuarto "cabaret".

Por fin, el duque se decidió a avisar a su

esposa de su tardanza con un billete en el que escribió:

Llevamos visitados ocho "music-halls", cuarenta bares y "cabarets", y el príncipe no aparece. Esta noche, sin duda, no regresaré al hotel. Dispénsame... La patria exige crueles sacrificios.

La carta llegó a los deseos de la duquesa, como una tentación irresistible. Vaciló poco, y exclamó, loca de alegría:

—¡Puesto que hoy soy libre, voy a divertirme... como en otro tiempo!

Y se fué al Folies.

La antorcha del gran "music-hall" había atraído al buen Julián, número uno de la digna clase de sirvientes, que se sentía allí como un pez al agua.

En cambio la duquesa de Pischenieff experimentaba la agri dulce inquietud del colegial que ha hecho una escapada.

Tomó un palco y escondiéndose tras las cortinas contempló el salón, deslumbrante de sedas y luces, trepidante de música y risas.

—Todos están aquí... los mismos de siempre... los reconozco... — musitaba la duquesa mirando ávidamente, emocionada, a los habituados del "music-hall".

De pronto, todas las miradas se dirigieron a la escalinata central, por la que descendía

triumfalmente una mujer extraordinariamente hermosa, escoltada de adoradores.

—¡Venid todos!... ¡Aquí está Liliانا!

Todos corrieron a aclamar a la reina de las noches montmartrescas, llevándosela en hombros entre un diluvio de "confetti" y serpentinas, hasta su palco.

En el suyo, la duquesa murmuró, desfallecida de recuerdos embriagadores:

—Así me acogían a mí... en otro tiempo...

Pero un grupo de tanguistas, mirando a su palco, se asombraban:

—Fijáos en el palco de enfrente... ¿No encontráis que aquella mujer se parece mucho a Rosalinda?

—¡Oh! — exclamaron todas—. ¡Seguramente es ella!

Y ella, la duquesa de Pischenieff, enloquecida, vencida por la sugestión de su ambiente, por el recuerdo de su gloria que había abandonado, pero que no se había desvanecido, lanzaba el abrigo y decía:

—¡Que se fastidie el ducado!... ¡No puedo más!...

Y tendiendo los brazos a sus antiguos amigos, gritó:

—¡Aquí estoy, amigos míos! ¿Me habíais olvidado? ¡Soy yo... yo... Rosalinda!...

Una aclamación unánime y entusiasta vibró en la sala:

—¡Rosalinda!... ¡Viva Rosalinda!...

Todos los concurrentes se aglomeraban an-

te el palco del ídolo, que se les ofrecía con toda el alma, con toda su vida, y en todo el "dancing" no se oía más que un grito general y caluroso:

—¡Rosalinda! ¡Rosalinda!

Y en un instante, con esa fría veleidad de la masa anónima, Liliانا fué olvidada...

E inmediatamente entre los dos ídolos se entabló un duelo de sonrisas y de miradas. El palco de Rosalinda había atraído ya a todos los habituales. Y del palco de Liliانا empezaban a desfilar, pasándose al otro, sus adoradores.

Liliانا comentaba, despechada:

—Sí... es una muchacha bonita... pero muy vulgar...

La afluencia de visitantes era cada vez mayor en el palco de Rosalinda.

—¿Tú, Rosalinda, tú?... — se asombraban, todavía extáticos, sus conocidos—. Pero, ¿qué ha sido de tu vida?

—Encontré al príncipe encantador de los cuentos de hadas...

Hasta que Liliانا se quedó sola.

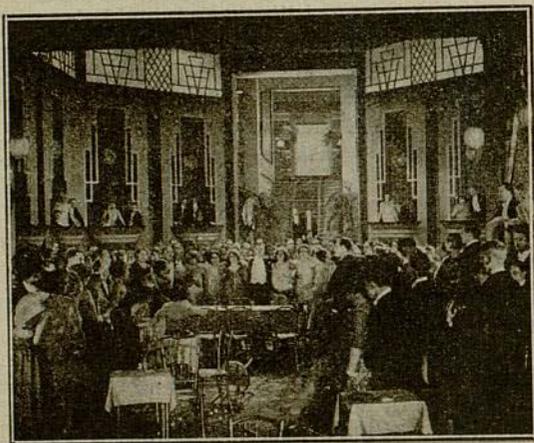
Sergio III acababa de hacer en el Folies Bergère una entrada digna de su rango, des-
cendiendo la gran escalinata flanqueado de una revista de muchachas, y escoltado por sus dos amigos acompañados también de una colección de chicas guapas.

—¡Champán... champán... champán! —

clamó el joven príncipe sentándose entre su numerosa y brillante compañía.

Y ordenó al "maitre":

—¡Vierte en nuestras copas todo el vino de tus bodegas!



Sergio III acababa de hacer en el Folies Bergère una entrada digna de su rango...

Rosalinda observó al espléndido muchacho y comentó con sus amigos:

—¡Es simpático ese gallito!...

Sergio se volvió. Quintín exclamó atónito al verla:

—¡Pero si es la bella Rosalinda!...

El príncipe apoderóse de todas las flores de la canastilla de una vendedora y mandó a Raúl:

—Ministro de Hacienda, paga a la florista!

Y acercándose al palco de Rosalinda le ofreció el ramo. Rápidamente, velozmente, brotó un idilio en medio de la algarabía del "dancing". Y, nuevo Romeo en el siglo XX, Sergio saltó al palco de su Julieta, para seguir el diálogo de sus corazones.

Pero hasta aquel lugar de placer habían seguido al joven monarca las aves negras de la conspiración...

Uno de los dos confabulados preguntó al camarero:

—¿Puede usted indicarnos cuál es aquí la mujer más irresistible?

El camarero les señaló a Liliana:

—Miren ustedes allí... en aquel palco... la bella Liliana...

Los dos conspiradores se trasladaron inmediatamente al lado de la danzarina, diciéndole:

—¡Ve usted a ese joven... en el palco de Rosalinda? Haga usted de modo que la acompañe a su casa... lo demás se lo explicaremos luego... y hay un fuerte cheque para usted...

—Conformes — asintió ella.

Y en el palco de Rosalinda, el idilio iba progresando. Sergio, fascinado por el encanto de Rosalinda, intentó ahogar su risa con sus labios. Ella lo detuvo.

—¿Quién es usted? — preguntóle.
—Un pobre diablo que, de pronto, ha en-



Y acercándose al palco de Rosalinda le ofreció el ramo.

contrado una situación envidiable... Debo marcharme... lejos... muy lejos...

—Yo también mañana debo partir...

El príncipe la miró anheloso, delirante, y rogó:

—Deme usted un beso, Rosalinda... un solo beso cuyo recuerdo guardaré eternamente...

Ella lo atrajo dulcemente tras las cortinas y murmuró:

—Sí... esta hora es nuestra... ¡Aprovechémosla!...

Lo acercó a su boca y cerró los ojos voluptuosamente. Pero hubieron de separarse, porque Rosalinda acababa de ver llegar al duque de Pischenieff con el profesor, exclamando:

—Si Sergio III no está aquí, yo renuncio a seguir buscando.

Raúl y Quintín, al ver a su profesor se consideraron perdidos. Afortunadamente tuvieron la feliz idea de echarle un mantel encima, con lo que el pobre beodo quedó completamente aturdido y soporificado.

Los dos traviosos estudiantes proclamaron entonces:

—¡Silencio!... ¡Respetad el sueño de un rey! ¡Tenéis ante vosotros al soberano de Iliria!

Luego corrieron en ayuda del príncipe.

—¡El duque de Pischenieff va a fijarse en Sergio!... Sólo hay un camino... apagaremos la luz...

Y en efecto; a los pocos instantes la sala quedaba sumida en la obscuridad, y Sergio y Rosalinda podían huir fácilmente.

Al darse de nuevo la luz, la duquesa de

Pischenieff se encontró sola en el vetíbulo del "dancing". Pero un caballero se presentaba delante suyo diciéndole:

—¡Rosalinda!... ¿Cree usted que no la conozco?

Ella se dirigió resueltamente a la puerta, pero una densa cortina de lluvia la obstruía.

—¿Me permite usted que la acompañe? — se ofreció el caballero que no era otro que Florian.

—Gracias. Pero llueve tanto... y yo no sé nadar...

Por fin, decidióse a aceptar la compañía de aquel caballero. Tomaron un "taxi", y a los pocos metros una avería a causa del chubasco les obligó a descender.

Julián ofreció:

—Yo vivo ahí mismo, a dos pasos... Entre mos y pediré un coche por teléfono.

Ante la imposibilidad de optar por otra solución, Rosalinda aceptó otra vez y se acogió en casa del embajador de Iliria.

Iba a desplomarse, rendida, en una poltrona, pero el sirviente disfrazado la detuvo:

—¡No! No se siente usted, que el agua mancha...

Rosalinda se levantó, aproximóse a la chimenea y ordenó a Julián:

—Vuélvase usted... Voy a quitarme el vestido para que se seque un poco.

Y mientras Julián, ansioso, trataba a cada

momento de volver la indiscreta cabezota, Rosalinda se puso en paños menores.

Y Sergio, que había perdido la pista de Rosalinda, recibía en compensación un billetito perfumado y tiernamente anónimo, que le decía: "La que le ama, le espera en la rue Florián, 211".

Lleno de ilusión y felicidad, creyendo que la autora del billete sería Rosalinda, el muchacho partió heroicamente, bajo el chaparrón, al encuentro del cálido amor que le esperaba.

Rosalinda, mientras tanto, en casa del señor de Julián, se fijaba en el retrato que pendía grave y prosopéico sobre la chimenea y preguntaba:

—¿Quién es este hombre?

—El embajador de Iliria... mi se... se... mi hermano.

—Su hermano, ¿eh?... ¡Ese hombre es el miserable que me abandonó!...

Y en esto, el intrépido y enamorado Sergio, creyendo encontrarse con la dama de sus sueños, acudía a la cita misteriosa y se hallaba en presencia, con la consiguiente decepción, de la vampiresca Liliana. Y a los pocos instantes, rodeado de los conspiradores del Embajador de Iliria, el "budoir" de la mujer fatal se convertía en la prisión del joven soberano.



Los vestidos de la duquesa de Pischenieff empezaban a secarse, cuando llamaron a la puerta.

—¿Quién será... a esta hora? — exclamó Julián aterrorizado.

Se acercó a las vidrieras y al través de ellas vió al embajador de Iliria y a su mujer, que regresaban. Aterrado, Julián gritó:

—Un minuto, señor... voy a buscar la llave...

Volvió al lado de su frustrada conquista y deploró:

—¡Catastrófico!... ¡Es el se... quiero decir, mi hermano!...

Y la metió en la propia alcoba del embajador, retirando precipitadamente todas las huellas comprometedoras.

Fuera, el joven embajador comentaba con su esposa:

—Ha sido verdaderamente una lástima tener que interrumpir nuestro viaje de novios... ¡En buena hora se le ocurrió abdicar al rey de Iliria!

Julián volvía, con su chaqueta listada puesta encima del frac, a abrirles la puerta.

Pero al llegar a la sala, el embajador advirtió colgados en la chimenea los vestidos de Rosalinda.

—¿Qué es eso, Julián?

Este hubiera dado su alma para que se la tragara la tierra.

—¿Un vestido? — dijo, atragantándose—. Sí... sí, señor... ¿Pregunta el señor de quién



...y se hallaba en presencia, con la consiguiente decepción, de la vampiresca Liliana...

es?... Los señores me dispensarán... pero he ido a un baile de máscaras, y...

—¿Te has disfrazado de mujer? ¡Oh, qué gracia!

El embajador y su mujercita se reían estre-

pitosamente. Entonces el apurado criado logró coger las ropas de Rosalinda, que en la alcoba del joven matrimonio no cesaba de orar:

—¡ Santa Rita, tú que eres abogada de imposibles, devuélveme mi vestido!

—En aquel preciso instante, Santa Rita, compadecida, le echaba por manos de Julián, todas sus ropas.

Pero un nuevo conflicto se presentaba: la esposa del embajador decía bostezando profundamente y dirigiéndose al dormitorio en que estaba Rosalinda:

—Estoy cansadísima del viaje, Agustín... Me caigo de sueño...

Julián se plantó delante de la puerta y balució:

—Suplico a los señores que no entren en esta habitación; es imposible.

—¿ Por qué?

—Hay... hay un escape de gas...

—¡ Ay, Agustín! — gritó su esposa abrazándolo.

—Voy a verlo por mí mismo... Quizá Julián exagera el peligro.

Y penetró cautelosamente en la alcoba. Pero enfrente suyo vió la cara burlona de Rosalinda, su víctima de amor, y creyó desmayarse.

Julián, impávido, recomendó desde fuera:

—¡ Cuidado con una explosión, señor!

Poco después salía el embajador, profundamente convencido, diciendo:

—Julián tiene razón... La habitación está inhabitable.

Y mientras se llevaba cariñosamente a su esposa, estrechó fuertemente la mano de Julián en la que dejó un pliego de billetes, susurrándole, creyendo que el buen chico acababa de salvarle de la deshonra ante su mujer:

—¡ Eres el mejor ayuda de cámara que conozco! ¡ Te aumento el sueldo... pero haz que se marche esa mujer!...

Julián se apresuró a cumplimentar la orden de su amo. Pero cuando Rosalinda se disponía a salir, llamaban a la puerta. Era uno de los conspiradores y secuestradores del príncipe de Iliria, que deseaba hablar con el embajador.

Este, antes de saludar a su satélite, preguntó a Julián:

—¿ Se ha marchado?

—Todavía no...

El conspirador manifestó:

—Hemos seguido sus instrucciones al pie de la letra... Tiene usted abierto el camino del poder... ¡ El joven rey no reinará!

Detrás de la puerta, Rosalinda escuchaba atentamente. El confabulado prosiguió:

—Pasó una parte de la noche con una artista de "music-hall" llamada Rosalinda...

La revelación deslumbró a la joven:

—¡Era el rey! — murmuró.

El conspirador seguía dando sus informes a su jefe:

—Ahora está en lugar seguro y bien vigilado... Cuando salga, será demasiado tarde para prestar juramento.

Cumplida su misión, el hombre se retiró y el embajador dijo a Julián en voz baja:

—¡Hazla escapar, ahora!

Julián condujo a Rosalinda hasta la puerta; pero volvían a llamar. A través de las vidrieras, ella pudo reconocer al duque de Pischeneff, su esposo.

Precipitadamente penetró de nuevo en la habitación de la que parecía no iba a poder salir.

En cuanto vió al embajador, el duque exclamó angustiado:

—¿No sabe usted lo que ocurre? ¡Sergio III ha desaparecido! ¡Es preciso que me ayude usted a buscarlo! ¡Cómo! ¿Vacila usted? — gritó, advirtiendo la fría actitud del embajador.

Este explicó:

—Estoy metido en un lío tremendo, querido duque... Rosalinda está en mi casa... Aquí... bajo el mismo techo que mi mujer... ¿comprende usted?

—No se apure, querido Agustín. Yo le hablaré a esa Rosalinda y esté usted seguro de que la hago desaparecer.

Retiróse el embajador y el duque dijo, lla-

mando discretamente con los nudillos a la puerta de la alcoba en que permanecía Rosalinda:

—Señorita, tengo dos palabras que decirle... ¿Quiere usted salir un instante?

—Es que... estoy muy ligerita de ropa... — contestó la atribulada duquesa disimulando la voz.

—¡Yo soy un perfecto caballero!... Puede usted salir sin temor, que yo me volveré de espaldas para hablarle...

Esta condición decidió a la duquesa a salir. Pero hubo de esconderse rápidamente, de nuevo, porque venía la esposa del embajador.

El duque, al oír pasos, creyó que Rosalinda había salido, y empezó:

—Señorita Rosalinda... mi amigo Slowinki me lo ha dicho todo... Sé que es usted su amiguita y que se ha introducido clandestinamente en su casa...

La inocente esposa de Agustín Slowinki lanzó un grito de horror ante aquellas terribles palabras. El duque continuó:

—...Pero evitemos el escándalo... por su esposa, ¿comprende? Aquí tiene usted veinte mil francos por su silencio...

La mujer del embajador desesperadamente indignada, echó los billetes a la cabeza del infeliz mediador.

Fué entonces, al volverse, cuando el duque se apercibió de la gigantesca plancha que aca-

baba de cometer. Intentó ofrecer sus excusas a la furiosa chiquilla, que dándole un empujón lo arrojó al suelo.

En aquel momento salieron de la alcoba Julián y Rosalinda, que envolviendo al pobre caído en un mantón de manila, consiguieron desaparecer antes de que él se levantara.

El sol del día siguiente despertó a Sergio, el "prisionero político" en el lecho de la aventurera Liliana. Una nutrida comisión de hombres sonrientes y complacientes le rodeaba.

El joven, extrañado, se incorporó y preguntó:

—¿Pueden explicarme qué significa todo esto?

—Esto significa, señor, que está vuestra alteza en poder de respetuosos adversarios, y que no prestará juramento...

Pero Rosalinda laboraba por él, y se presentaba de improviso en el despacho del embajador de Iliria, exigiéndole la inmediata liberación del príncipe.

—¿Quién te ha dicho? — preguntó Slink.

—Estaba detrás de la puerta cuando tú anoche hablabas de él... Te prevengo que si no me complaces pondré al corriente de todo al duque de Pischenieff, a quien tengo el honor de conocer...

El duque llegaba, precisamente, vestido de gran gala y terriblemente trastornado.

—¡Caramba, mi mujer aquí!... ¿Entonces,

se conocían ustedes? — preguntó. Pero abstraído por su gran preocupación exclamó en seguida:

—Todo el mundo está esperando impaciente, y el rey sin aparecer! ¡Es terrible, lo que se dice terrible!

Y se marchó presurosamente olvidando incluso a su mujer.

El embajador se acercó a Rosalinda y le dijo:

—Puedes hablar, si así lo deseas... Pero piensa que si me denuncias, tu marido conocerá tu pasado, duquesa... del Folies Bergère. Y ahora, me voy a asistir a la recepción del rey... que no vendrá.

En el salón de actos de la Embajada, se esperaba impacientemente la llegada del rey.

Súbitamente, un camarero del Folies, llegó a comunicar al duque:

—Esta mañana hemos encontrado, durmiendo sobre una mesa, a un caballero que había pasado la noche allí... Se trata del rey de Iliria... Sus ministros han descubierto el incógnito.

Loco de alegría, al fin, el duque ordenó a su secretario:

—Vaya con este hombre; lleve el uniforme de Su Majestad y dígame que le estamos esperando.

Después, dirigiéndose a la asistencia, anunció:

—Un poco de paciencia, señores. El rey va a llegar en seguida.

Pero el ambicioso embajador no disfrutaba en aquellos momentos de la alegría de su triunfo próximo; su mujer acababa de escribirle

Lo sé todo. Sé que me engañas con un artista de music-hall y desde este momento no me considero como tu esposa. Me separaré de ti para siempre, a menos que...

No pudo continuar, porque había entrado su esposa acompañada de Rosalinda.

—Agustín, todo puede arreglarse aún, si me concedes lo que voy a pedirte... La duquesa es mi mejor amiga... Ella me ha prometido hacer desaparecer a esa Rosalinda, si tú encuentras al rey de Iliria.

La joven se arrojó en brazos de su marido y continuó:

—Dime que sí, Agustín... dime que lo encontrarás...

Agustín Slowinki luchaba terriblemente entre el amor y la ambición. Su esposa se separó de él sollozando:

—Esta vacilación me prueba que no me quieres ni me has querido nunca.

—¡Sí! — gritó el embajador, vencido.

Rosalinda sonrió victoriosamente.

En la sala de actos, se anunciaba:

—¡Señores... el rey!

Y al abrirse la puerta, después del solemne desfile del cortejo, aparecía tambaleándose, su-

cio y desabrochado, el infeliz profesor del príncipe Sergio.

—¡Sus excelencias los ministros de Hacienda y del Interior de Iliria! — anunciaron los maceros.



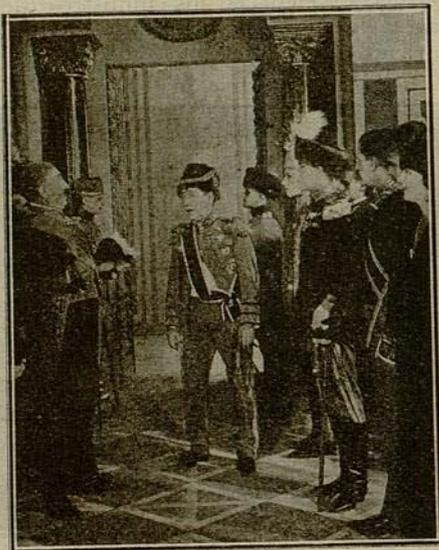
—*Agustín, todo puede arreglarse aún si me concedes lo que voy a pedirte...*

Y se presentaron, medio borrachos también, Raúl y Quintín.

—¿Dónde está el rey? — preguntóles el duque.

—Nosotros le dejamos anoche con Rosalinda... Con ella seguirá.

—¡Eso es mentira! — gritó la duquesa de Pischenieff que acababa de llegar.



...aparecía tambaleándose, sucio y desabrochado, el infeliz profesor...

—¿Cómo lo sabes tú? — preguntó su marido.

—Porque...

Se oyó en la calle un bocinazo. Precipitóse Rosalinda a la ventana, y concluyó:

—Porque el rey llega en este momento.

Efectivamente, a los pocos segundos, aparecía el auténtico Sergio III, rey de Iliria.

Subió lentamente los escalones del trono, y de repente se detuvo. Bajó inmediatamente y declaró resueltamente:



—Duque... he cambiado de pensamiento...

—¡No, no y no! ¡Yo no quiero ser rey! Y se tendió en la alfombra.

—¿Cuáles son, pues, los proyectos de Vuestra Majestad?

—¡Quiero vivir en París... divertirme, respirar el aire de la libertad!

La duquesa de Tischenieff se acercó a su marido, diciéndole:

—Ten la bondad de presentarme a Su Majestad...

Sergio contempló atónito, deslumbrado de felicidad, a su amada Rosalinda, que por fin había vuelto a encontrar. En los ojos de ella brillaba, en una sonrisa maliciosa, toda la pasión que sentía por aquel bello príncipe de cuento de veras...

—Duque... — dijo Sergio, de repente — una pregunta: ¿Existe el divorcio en Iliria?

—Sí, señor... y las sentencias las pronuncia el mismo rey.

Sergio subió de nuevo las escaleras del trono, declarando:

—Duque... he cambiado de pensamiento... ¡Seré rey de Iliria!

Firmó. Y después de la ceremonia, al salir Rosalinda del brazo de Sergio, les pareció que todo el reinado lejano se convertía en una apoteosis de esperanzas, de dicha...

FIN

PRÓXIMO NÚMERO

LA INSTITUTRIZ DE ALICIA

por *Marcela Albani*

Postal-fotografía regalo: ESTHER RALSTON

La Novela Semanal Cinematográfica

sale todos los miércoles.

Precio: **25** céntimos